

El aprendizaje utópico de la derrota en *Letramuerto: Asesinato en La Tertulia*

Magdalena López

Universidade de Lisboa

Resumen: Este ensayo analiza cómo la novela policial *Letramuerto: Asesinato en La Tertulia* (2010) del puertorriqueño Wilfredo Mattos Cintrón, propone una revisión de la derrota de la izquierda independentista durante las décadas del sesenta y setenta. Dicha revisión servirá para elaborar una crítica sobre el modo en que el propio activismo terminó replicando las prácticas estigmatizadoras y excluyentes del Estado colonial que combatía. Dentro del contexto actual de la isla, esta crítica estaría dirigida a repensar la utopía independentista en los términos de una praxis política más horizontal y democratizadora que se diferencie del activismo letrado del pasado.

Palabras claves: novela policial – utopía – militancia – derrota – Wilfredo Mattos Cintrón



n *The Concept of Utopia*, Ruth Levitas define la utopía en términos de deseo, el deseo por un mejor modo de ser y de vivir (8). Para una buena parte de la izquierda puertorriqueña que militó activamente durante los años sesenta y setenta, este deseo se perfiló bajo la forma de un estado soberano socialista que sustituiría el tutelaje colonial estadounidense sobre la isla. Este ensayo analiza cómo, a la luz de cinco décadas después, la sexta novela policial de Wilfredo Mattos Cintrón,¹ *Letramuerto: Asesinato en la Tertulia* (2010), muestra la pervivencia de un deseo utópico descolonizador sin que ahora precise ser conducido en los mismos términos partidistas o esquemáticos del pasado. Esta diferencia en el modo en el que se piensa el camino hacia la emancipación se vincula a una revisión crítica de la derrota de aquella generación. Volver sobre las huellas del pasado implicaría trasmutar una memoria dolorosa en un aprendizaje necesario de cara a un futuro que sigue abierto gracias a la continuidad del deseo. *Letramuerto* persigue, así, la lógica señalada por Hugo Vezzetti según la cual “transformar el pasado es la condición del conocido apotegma que dice que hay que recordar para no repetir” (33).

A lo largo de su monumental obra, *El principio esperanza*, Ernest Bloch sitúa el deseo utópico como una constante de la condición humana. Su persistencia a través de la historia se explicaría a través de una concepción del mundo inacabado en la que el futuro se concibe como el ámbito de lo posible (3-4). Para articular esta idea, el filósofo

¹ Sus novelas anteriores son: *El cerro de los buitres* (1984), *El cuerpo bajo el puente* (1989), *Las dos caras de Juno* (1995), *Las puertas de San Juan* (1997) y *Desamores* (2001).

alemán propuso el “todavía-no-ser” (“Not-yet) como un concepto en el que se conjugan tanto las condiciones subjetivas como las materiales del deseo utópico (127). Nótese que en este “todavía” de Bloch se entrelazan una conciencia de privación en el presente y un deseo que espera materializarse en el futuro, de modo que el “todavía” alude a una suspensión producida por la tensión entre la carencia y la esperanza. Se trata de una suspensión que reafirma el carácter transitorio o en continuo proceso de la historia y que niega la resolución definitiva de cualquier *statu quo*. Es, precisamente bajo esta visión dinámica del mundo, que propongo localizar la derrota independentista abordada en la novela ya no como un suceso concluyente sino como un acontecimiento irresuelto. En la medida en que aquella derrota alude a una carencia que se constata en el presente de los protagonistas, la esperanza, que para Bloch serviría de impulso a la utopía (75), se mantiene activa. Derrota y utopía no serían así antagonistas sino partes de una misma continuidad desiderativa.

Por otra parte, concebido lo utópico como un deseo pendiente, para Bloch éste subsiste de forma latente bajo una gran variedad de formas culturales que abarcarían tanto obras literarias o artísticas como también sueños diurnos, recuerdos, mitos, fábulas y prácticamente cualquier creación humana (96). Veremos que la novela de Mattos Cintrón, en efecto, contiene una latencia descolonizadora al recrear un pasado no sólo a partir de lo que sucedió sino también a partir de aquello que no tuvo lugar: los sueños demolidos, la independencia incumplida. La narración impulsa, entonces, un trabajo de reconstrucción de lo que pudo haber sido; es decir, de la utopía, extrayéndola de un pasado que es modificado por la ficción.

Complejidad y ambivalencia de una historia inconclusa

La investigación del detective Isabelo Andújar se inicia una mañana tras el hallazgo del cadáver de un profesor de ciencias políticas en una librería casi vacía de Río Piedras. A solicitud de los dueños del local, Isabelo deberá esclarecer los motivos del crimen y descubrir al culpable. Adalmiro Seín, que así se llamaba la víctima, había sido acusado de ser un *chota* (un informante de la policía) durante una época de intenso activismo en la Universidad de Puerto Rico (UPR) tras el triunfo de la revolución cubana. Se trató de un período particularmente efervescente a lo largo de años sesenta y setenta en el que varias agrupaciones de izquierda como la Juventud Independentista Universitaria (JIU), la Federación Universitaria Pro Independencia (FUPI) y el Movimiento Socialista Popular (MSP) protagonizaron diversas asambleas, manifestaciones, choques con otros grupos políticos y con la policía, huelgas y labores de reclutamiento y propaganda con miras a la liberación nacional. Al narrar el homicidio de Seín, la novela aborda el tema del *carpeteo* que la policía insular en connivencia con la

federal realizó a estos grupos en aquel período² con fines represivos. Las carpetas individualizadas contenían la descripción minuciosa de sus actividades diarias que eran registradas por infiltrados bajos contraseñas o nombres falsos. *Letramuerto* se basa, así, en la desclasificación de estos archivos policiales que en 1982 puso al descubierto toda una extensa red de inteligencia en la que se llegaron a vigilar aproximadamente unos 75.000 puertorriqueños (Ayala).

Por medio del acceso a estas carpetas secretas, la investigación ficcional del crimen resulta una excusa para echar luz sobre la derrota de la izquierda independentista. No es fortuito que para revisar un pasado del que el mismo Mattos Cintrón formó parte como militante del Partido Socialista Puertorriqueño (PSP), éste haya acudido a la novela detectivesca. Tal como señala Ana María Amar Sánchez refiriéndose a varias obras de finales del siglo pasado: “El policial de este fin de siglo, más que ninguna otra forma literaria, se ha hecho cargo de narrar la historia; en él se fue realizando un balance y construyendo el relato de los últimos treinta años de vida política latinoamericana” (76). La historia de la que habla Amar Sánchez no es, desde luego, la oficial, pues en ella el fracaso como experiencia vital o nacional generalmente es invisibilizada en aras de una narrativa desproblematizada. Edgardo Rodríguez Juliá destaca, de hecho, el alejamiento de lo heroico que propone el género: “la novela policíaca nuestra testimonia edad y época, nuestros fracasos políticos y sus protagonistas malogrados” (xiii). Para el escritor puertorriqueño, los detectives resultan perplejos testigos de una modernidad agónica “sumida en el desencanto revolucionario y en las exigencias de ley y orden de ciudades progresivamente violentas y hostiles” (xiii).

En el contexto de esa modernidad agónica a la que alude Rodríguez Juliá, la interrogante que surge con *Letramuerto*, entonces, es de qué sirve testimoniar el fracaso de la izquierda independentista. En el presente de la narración, el Movimiento Pro Independencia (MPI), la FUPI (Federación Universitaria Pro Independencia) y el Partido Socialista Puertorriqueño (PSP) ya no existen y lo que parece quedar de ellos es el desencanto de antiguos militantes que ahora tienen que sobrevivir en una ciudad llena de miseria y consumismo. Ante esta realidad inmediata, Isabelo se pregunta: “¿qué se habrá hecho toda aquella inmensa gestión que derramó el esfuerzo de miles de militantes por las calles del país y encendió esperanzas de que el triunfo era posible? ¿Fue todo aquello un gigante con pies de barro, un espejismo fomentado más por la ideología que por la realidad? (61). La interrogante sobre para qué testimoniar el fracaso de la izquierda es, en realidad, una pregunta sobre si esa experiencia puede o no tener alguna relevancia para cambiar la desoladora realidad puertorriqueña.

Para responder a esta incógnita tanto existencial como política, Isabelo se sumerge en los informes de inteligencia con la motivación inicial de encontrar las pistas del asesino de Seín. Hacía algunos años el detective también había recibido su propia

² En la realidad, los registros de inteligencia puertorriqueños se remontan a la década del treinta (Ayala).

carpeta y había renunciado en los ochenta a un Partido Socialista Puertorriqueño conflictivo y dividido.³ Descendiente de esclavos, excombatiente en Vietnam, exmilitante universitario y ahora detective privado, Isabelo reúne la traumática historia puertorriqueña: la de la esclavitud negra y la de violencia colonial estadounidense, la del derrumbe de la izquierda y de la universidad moderna y, la de un oficio propio de la sociedad capitalista en la que se mueve. Estos aspectos de la historia son alegorizados en una dimensión mítica. Es aquí donde nos topamos con dos de las formas bajo las cuales lo utópico se mantiene latente para Bloch: la del recuerdo y la del mito.

Buscando una perspectiva que le permita comprender la vida de Seín, Isabelo echa mano de una memoria yoruba. El detective recuerda que cuando era niño, la abuela les había contado a él y a otros nietos, la historia sobre una comunidad originaria muy unida que tuvo que migrar por voluntad de los Orishas y acabó por fracturarse. Obligados a desplazarse hacia tierras cada vez más lejanas y frías a causa de un diluvio monumental, los hombres descubrieron que eran distintos unos de otros y que había cosas que podían ocultar a los demás: “Desde entonces, cada humano tiene varias vidas a la vez. Una las comparte con otros, mientras que las otras las oculta, a veces hasta de sí mismo. Tal vez eso sea malo, y tal vez no” (23).

La ambivalencia moral de esta versión de la abuela sobre el Origen y la Caída resulta muy significativa. Intenta mostrar que la disolución de aquella comunidad adánica no es enteramente negativa ya que da pie a una conciencia de opacidad y diversidad. Una conciencia que es imposible de someter a una escala maniquea. La de la abuela es una enseñanza sumamente útil para el detective al momento en que éste se enfrenta a los diferentes significados ocultos de las actividades registradas en las carpetas de inteligencia. Las historias secretas, el idealismo de algunos militantes y el pragmatismo de otros, sus engaños, miedos, sacrificios y traiciones aluden a la diversidad de los independentistas. Una diversidad en la que incluso se cobija el asesino; un infiltrado que temía ser desenmascarado por Seín.

Esta visión compleja se corresponde a la manera ambivalente en que se conciben las carpetas, objetos que inicialmente sólo parecen negativos: “Son las bitácoras caricaturescas de nuestras vidas, de nuestras ilusiones (...) Se refieren a un tiempo cuando creíamos que éramos dueños del futuro; que todo era prescindible menos luchar por un futuro que pensábamos seguro e inminente; algo así como los milenaristas religiosos” (163). La metáfora de la bitácora nos habla de un viaje caricaturesco porque no llegó al destino previsto, anhelado. Pensar en el extravío entrañado en esta bitácora nos devuelve a la imagen de la nave al gárate de la nación puertorriqueña. Como se recordará, en *Insularismo* (1934) de Antonio Pedreira, dicha imagen servía para metaforizar la pérdida de rumbo de la nación tras la invasión norteamericana del 98. Sin embargo, veremos que lo que parece resurgir con la nave en *Letramuerto* no es la idealización de un pasado abruptamente interrumpido tal como lo

³ Esto es, de hecho, lo que sucedió con Mattos Cintrón.

concebía Pedreira – de hecho, ese pasado está determinado por sus “bitácoras caricaturescas” –, sino una caracterización fluctuante, dinámica de la trayectoria de la isla. Bajo esta visión, el tema de la derrota no se impone como un hecho conclusivo negativo sino abierto y ambivalente: al igual que una embarcación oscilante, sus direcciones son múltiples. Como las carpetas que la documentan, la derrota de la izquierda alude tanto a extravíos como a idealismos. Mientras lo primero está vinculado a ese itinerario caricaturesco recorrido por la izquierda, lo segundo lo está a la utopía descolonizadora que en modo alguno ha perdido legitimidad en el presente de Isabelo. El relato de la abuela alude a este trasfondo utópico: La segunda parte del mito refiere cómo los Orishas, al no quedar del todo satisfechos por los resultados de su diluvio, crearon un espejismo al final del arcoíris, una “olla repleta de tesoros” (24). La abuela concluye:

Desde entonces, los humanos buscan siempre lo inalcanzable. Y fue precisamente ahí donde los Orishas cometieron un grave error por querer jugar con otros, porque como nada hay bajo el cielo totalmente malo o totalmente bueno, la búsqueda de lo inalcanzable les trajo a los humanos muchas tristezas, pero también muchas alegrías, descubrimientos, superaciones. (24)

La utopía se perfila aquí en términos de deseo tal como lo establece Levitas pero, también, en su doble sentido más tradicional: como “eutopía” – el lugar ideal – y como “outopía” – el no lugar–. Es decir, aquí convergen un anhelo capaz de promover un cambio hacia un modelo perfectible y su anulación declarando su inexistencia ya que se trataría de un espejismo. A raíz de este final los niños le preguntaron a la abuela si el mito significaba que finalmente los Orishas habían perdido, a lo que ella sentenció: “Nunca hay triunfos ni derrotas totales” (24). Esta máxima nos servirá para comprender el modo en que se concibe la derrota de los independentistas en *Letramuerto*. Esto es, el fracaso se traduce en la pervivencia de un deseo de descolonización. Éste último permanece, de la misma manera que la búsqueda en la historia mítica de la abuela. En sintonía con el mundo inacabado de Bloch, no hay una derrota total que pueda clausurar la historia.

El optimismo respecto a la “inconclusividad” de la historia puertorriqueña tiene un claro antecedente en la novela *Los derrotados* (1956) de César Andreu Iglesias. El final de aquella obra también resultaba abierto hacia un futuro indeterminado. El protagonista descubría, gracias a un líder obrero, que “la historia es una sucesión de victorias y derrotas” (309) y que, en realidad, “nunca es derrota completa la que nos ayuda a descubrir el camino a seguir” (309). Ambas frases daban cuenta de la latencia de un deseo utópico que se sobreponía a la derrota de los personajes cuando éstos la aceptaban como un recurso cognoscitivo. La pregunta, entonces, sobre el sentido de una revisión ficcional del pasado, sugiere la necesidad de reconocer errores para

reencauzar la esperanza independentista por diferentes derroteros bajo el entendido de que hay un futuro que sigue pendiente tanto en *Los derrotados* como en *Letramuerto*.

Autonomías y responsabilidades

Dos personajes de la novela de Mattos Cintrón muestran el estado de suspensión entre carencia y esperanza utópica al que aludía Bloch en su noción del “todavía-no-ser”: los amigos de Isabelo; Valdo Frías y Raúl. El primero es un veterano de la guerra de Corea y el segundo, un profesor que Benjamín Torres Caballero ha identificado como alter-ego del autor (220). A ellos acude el detective para resolver el crimen y ambos, de alguna manera, proponen nuevas vías de encauzar ese deseo utópico que dio sentido a la lucha izquierdista de los años sesenta y setenta.

Tanto Rodríguez Juliá como José A. Rosado han identificado cierta afinidad entre los personajes de las novelas negras del cubano Leonardo Padura y los de Mattos Cintrón (xiii; 135). En ambos casos, ellos expresan un desencanto frente a la militancia de juventud y algunos de sus cuerpos dramatizan las consecuencias del fracaso utópico. Las parálisis físicas del flaco Carlos y de Valdo Frías constatan la violencia estatal de las guerras de Angola y Corea en cada isla. Pero si en el caso del personaje cubano, éste engorda desmesuradamente mientras permanece enclavado en una silla de ruedas al cuidado de su madre; Valdo se hace de un ingenioso sistema de barandales en su hogar que le permite moverse y realizar las tareas cotidianas con una autonomía y con una agilidad que deja asombrado al mismo Isabelo. Esta diferencia en el modo en que se encara la discapacidad física señala que para la generación del detective Mario Conde, el idealismo revolucionario ya no puede ser recuperado de manera activa. Su resistencia reside en el cultivo de una ética de la amistad y de los afectos que es inmune al presente desolador. En *Letramuerto*, esta ética entre los amigos se repite, sin embargo, hay algo más. La autonomía y agilidad de Valdo es la de alguien que no ha quedado postrado. Este rasgo también lo diferencia del personaje del puertorriqueño Emilio Díaz Valcárcel en el “El sapo en el espejo” (1957). En aquel cuento, el protagonista regresa sin piernas de la Guerra de Corea. El trauma de la mutilación e impotencia sexual que le devuelve su imagen frente al espejo, desemboca en su metamorfosis en sapo. Como señala Juan Carlos Rodríguez, la angustia del sujeto colonial sometido a una guerra imperial, se vive como una desmembración que lo deshumaniza (1158). El trauma reduce al sujeto a una impotencia y a un resentimiento animalizadores. Por el contrario, Valdo no sólo parece tener una vida conyugal digna, sino que consigue elaborar un archivo paralelo en el que tiene registradas las operaciones de inteligencia estatales contra los independentistas. Al respecto comenta: “Yo sólo meto en mi archivo a aquella gente de la cual hay constancia clara que trabajan para la policía o los servicios de inteligencia yanqui . . . es mi humilde colaboración para sacar a los gringos de este país” (16). El personaje muestra suficiente agencia como para edificar una memoria documental anticolonial que nos sugiere una latencia utópica a pesar de la violencia sufrida por la guerra y a pesar

también, de la derrota de los años setenta. Si, como ha propuesto Roberto González Echevarría, el archivo resulta el lugar en el que se articulan los discursos hegemónicos a través de la confluencia entre el poder y la escritura (32-34), el de Valdo constituiría un contra-archivo que siendo útil a Isabelo en su investigación, constituye una de las tantas creaciones humanas que para Bloch resultan reservorios de la utopía (Levitas 83-84). La persistencia de un deseo emancipador que se expresa en la construcción de *otra* historia capaz de contravenir los discursos jurídicos, disciplinarios y coloniales, alude a las circunstancias particulares de la militancia puertorriqueña. Recorrer el camino hacia la utopía socialista implicó una resistencia y no un proceso dentro del Estado como si ocurría con los personajes de Padura. Esta diferencia es importante ya que apunta a una autonomía incluso en el pasado que estaría ausente en el caso de los cubanos. Hay una continuidad histórica puertorriqueña en la confrontación contra un mismo Estado hegemónico.

El otro personaje clave al momento de identificar la latencia del deseo utópico es Raúl, un amigo de Isabelo. En él, mucho más que en Valdo, la derrota funciona como un recurso crítico que le permitiría reenfocar las condiciones subjetivas y objetivas del “todavía-no-ser” de la independencia socialista. No por casualidad Raúl es quien asume la derrota a plenitud: “Raúl carga con la derrota, sí, pero hay derrotas históricas que a la postre podrían contar como victorias porque demuestran que aunque no siempre se puede ganar, siempre se puede luchar. Al final tal vez eso sea lo único que cuenta” (167). Asimilar la derrota como el modo de rectificar una bitácora extraviada para continuar la lucha, lo convierte en el gran intérprete de esa militancia que ha quedado registrada en las carpetas secretas. Parte de esta función implica reconocer y sufrir el dolor del fracaso: “a veces pienso en los derrotados y me dejo ganar por la debilidad. ¿Es que sólo fuimos los exponentes de otra utopía condenados al fracaso?” (164).

La pregunta, en realidad, sugeriría su propia respuesta con la mención de los “derrotados” en una vinculación implícita con la novela del también independentista Andreu Iglesias. Como ya vimos, aquel protagonista aprendía que el sacrificio nunca era enteramente inútil (309). En *Letramuerto*, la respuesta a la incógnita sobre si el fracaso resulta determinante también es negativa ya que se aboga por la necesidad de sostener la inquietud del deseo utópico:

Es fácil ceder ahora; ajustarse a lo que hay como lo único posible; disolver la protesta en esa cotidianidad regida por el mercado; vivir el mundo como la ropa usada que los amos nos dan cuando se cansan de ella; nadar en la miseria de la derrota y sólo pedir que el vendaval que sopla sobre nuestras cabezas no nos toque. Todo conspira para que uno guarde los trebejes de batalla y se dedique a otra cosa. Eso no va conmigo. Que digan que soy un viejo dinosaurio. Además el desaliento no me vence porque también veo que la gente comienza a sacudirse. En el mundo hay muchos que viven sus vidas inconformes con lo

poco que tienen y lo mucho que tienen otros. Y entre esos muchos hay aquellos que están dispuestos a luchar para cambiar esa realidad. (164)

El empeño de Raúl y de Valdo por resistir en un contexto – y en un cuerpo – adverso, alude a un agenciamiento que señala dos aspectos estrechamente vinculados: la necesidad de sostener la autonomía del sujeto frente al Estado colonial y, el hecho de que precisamente esa autonomía los convierte en sujetos responsables de su historia. La derrota de la izquierda no se lee, así, como una mera circunstancia determinada por un enemigo más poderoso. Es aquí donde la novela rehúye de un idealismo nostálgico sobre el pasado y sobre los independentistas. En la medida en que los personajes tienen agencia, se niegan a aparecer como meras víctimas y entonces, la experiencia del fracaso impone una necesidad autocrítica.

La investigación del crimen lleva a Isabelo a confrontar el hecho de que muchos militantes habían sido acusados injustamente de ser *chotas* (informantes) de la policía. Ello conllevó a la marginación, a la estigmatización de muchas personas. La desclasificación de los archivos implicó entonces no sólo la posibilidad de confirmar y sustentar públicamente la impresionante estructura de control, criminalización y persecución de los grupos de izquierda por parte del Estado, sino también la de poder hacer un ajuste de cuentas al interior de esa izquierda. Volver sobre la narración del fracaso político significa, así, volver sobre lo que estuvo errado en la militancia: la arbitrariedad de muchas acusaciones y el encubrimiento de los responsables reales. A propósito de las lecturas de Mao Tse Tung que emprendían cuando eran jóvenes, Raúl le comenta a Isabelo:

Tal vez recuerdes aquello de la unidad de los contrarios, de cómo uno se transforma en el contrario . . . Mao lo ilustraba desde un aspecto triunfalista: el contrario es poderoso, nosotros débiles; el contrario es la fuerza principal y nosotros la secundaria, pero el proceso dialéctico cambia esa relación. . . . Hay sin embargo, otro ángulo que nunca tocó Mao: mientras más nos oponemos a nuestros enemigos, más los imitamos . . . más nos convertimos efectivamente en lo que ellos son. (164)

El modo en que los revolucionarios mimetizaron ciertas prácticas del Estado nos muestra una analogía entre dos proyectos utópicos aparentemente contradictorios: El del independentismo socialista y el del desarrollismo estadolibrista⁴. Se trata de dos proyectos reducidos a ruinas en el presente de la narración. Volviendo a la comparación entre los personajes de Padura y Mattos Cintrón, Rosado afirma que la frustración de Isabelo no se centra en un fracaso de modernidad, porque “los de su generación nunca

⁴ Con este último me refiero al “relato triunfalista de desarrollo económico y la modernización colonial en la era muñocista” (Juan Carlos Rodríguez 1161).

creyeron en el ELA [Estado Libre Asociado], por el contrario, su posible desengaño se debe a la quebradura de la izquierda, al hecho de que el partido expuesto a la delación, como se presenta en *Letramuerto*, se contaminó con una cultura del carpeteo, de exclusión y de vigilancia” (Rosado 135). Efectivamente, como ya se señaló, la utopía de la generación de Isabelo no coincidió con la del discurso oficial; sin embargo, es posible alegar que había también en la izquierda puertorriqueña una idea de modernidad en el principio mismo de un estado nacional soberano. La utopía socialista fallida de la generación de Isabelo en cierta manera es coincidente con la de Mario Conde. El drama del quiebre de la izquierda es preocupación común tanto en Mattos Cintrón como en Padura. Sin embargo, en la novela del puertorriqueño, el fracaso del sueño socialista viene acompañado también de una consciencia del fracaso del modelo contra el que se combatía. Como en un juego de espejos, la derrota del estadoliberalismo encuentra su propia imagen invertida en la de la utopía revolucionaria puertorriqueña. Tal vez por ello Raúl concluye: “El contrario triunfa a la postre cuando nos convertimos en él” (165).

El reconocimiento de una especularidad entre el Estado y los jóvenes que lo adversaban, conlleva en *Letramuerto* a una *mea culpa* pendiente desde los años setenta. Raúl confiesa: “Nosotros; los carpeteados, los agredidos por el gobierno de Puerto Rico y el de Estados Unidos, de cierta forma le hicimos lo mismo a Seín y a algunos otros. Le pusimos en la frente el sello de *chota* con un hierro candente, sólo a base de sospechas e insinuaciones sin fundamento” (165). La novela señala que la importancia de volver al pasado estriba en asumir desde ese “nosotros”, diversos errores y agravios cometidos para que éstos no vuelvan a repetirse. Esta preocupación es central en la novela para entender por qué Seín no obtiene nunca una reparación.

El relato nos hace saber que una vez que el profesor de ciencias políticas descubre que Lucio, uno de los excompañeros de militancia, había sido el verdadero *chota* decide extorsionarlo. De modo que, para Seín, el asunto de la justicia queda reducido a la mera dimensión personal de la venganza. Su plan fracasa y resulta asesinado por el mismo Lucio quien, a su vez, es aniquilado por Nadia, su esposa y también antigua militante, cuando ella descubre toda la verdad. Esta cadena de asesinatos, de víctimas convertidas en victimarios apunta a una memoria de agravios confinada a su sentido meramente literal. En ella, la justicia es un asunto que concierne tan sólo a las víctimas directas descargándose así una responsabilidad colectiva sobre el pasado. En la medida en que en ese “nosotros” de Raúl se asume la propia participación sobre los acontecimientos, se evita la auto-victimización que desencadenaría una sucesión interminable de venganzas en una historia en la que, efectivamente, víctimas y victimarios terminan siendo especulares. El hecho de que hacia el final de la novela, el drama de la militancia independentista quede limitado al grupo de amigos de antaño, revela cómo la asunción colectiva de una responsabilidad histórica sigue siendo un asunto pendiente en el Puerto Rico de hoy.

Hacia una apertura estratégica de la ciudad letrada

Ahora bien, ¿quiénes en particular dentro de la sociedad puertorriqueña constituirían ese colectivo que debe asumir su responsabilidad sobre el pasado para estar en condiciones de repensar estrategias de descolonización? La novela apunta hacia el conglomerado de la ciudad letrada. En ella confluyeron los dos proyectos utópicos fallidos puertorriqueños y es allí, además, donde se sitúa mayormente la narración. Se trata de un espacio que, como el mito de la abuela de Isabelo, resulta ambiguo. Desde su título se nos anuncia que el crimen está vinculado a un intelectual. “Letramuerto” alude a las condiciones en que fue encontrado el cadáver de Seín. Éste se hallaba junto al único anaquel de libros que todavía no había sido desalojado de la librería La Tertulia. “Letramuerto” resulta una deformación de “letraherido”, una palabra que designa el estado de alguien apasionado u obsesionado por los libros. Estar “letramuerto” sin embargo, ya nos advierte que la relación con los libros ha dejado su lado vital, erótico para ser solamente thanático. La novela abunda en caracterizaciones funestas, mortuorias, relacionadas al universo de la letra. Por ejemplo, el homicidio de Seín es paralelo al inminente cierre de la mítica librería. Sobre el hallazgo del muerto en el local, uno de los libreros comenta:

La Tertulia siempre fue para mí como un centro de vida, incluso de la mía propia. Llegar esta mañana allí y ver aquella soledad, aquel desamparo más propio de un cementerio que de otra cosa me abrumó. Sólo me siento así cuando voy a un funeral. Bueno, aquello casi era un funeral de verdad. Uno doble: el del hombre y el de la librería. (6)

La muerte parece anunciar el fin de un sentido que se situaba en el ámbito letrado. No es casual que el local que está a punto de cerrar se encuentre en Río Piedras, eje de la vida universitaria de San Juan. Es justamente allí donde Seín intenta escapar de su agresor la noche en que es asesinado. Sus pedidos de auxilio se pierden en el vacío de calles desoladas y los pocos vecinos que lo escuchan prefieren permanecer apertrechados en sus casas. Tampoco La Tertulia le ofrece refugio: no queda prácticamente nada en ella. Ni gente, ni teléfonos que funcionen, ni luz, ni papel, ni lápices con qué escribir y apenas unos pocos libros. Sin embargo, en el pasado, la novia de Isabelo recuerda que ese lugar había sido tan importante y emblemático que incluso llegó a sufrir un atentado de la derecha. El cambio hacia el estado actual de la librería resulta análogo al del barrio universitario en el que nadie auxilia a Seín. Como locación del crimen, Río Piedras reúne para sí las ruinas de una nación cuyos dos proyectos utópicos – el estadolibrista y el independentista – estuvieron concatenados a un espacio letrado. De hecho, la Universidad de Puerto Rico fue el lugar desde donde se legitimaron el Estado Libre Asociado (ELA) y la militarización imperial de la sociedad puertorriqueña de la mano de su rector Jaime Benítez y fue, también, el lugar donde se

articularon varios movimientos insurgentes. Abarcando ambos lados del espectro político, la universidad escenificó la vieja conjunción de armas y de letras que a la luz del presente luce anacrónica.

La vaciedad de las calles de Río Piedras y de la librería⁵ testifica el proceso de “precarización”⁶ causado por las feroces políticas neoliberales en Puerto Rico. La universidad no sólo ha dejado de ser el brazo político del Estado, tal como señalaba Bill Readings en *The University in Ruins*, sino también las de sus proyectos alternativos (Peña Jordán). La mercantilización de la vida académica se reduce a una lógica de la oferta y la demanda en la que los estudiantes se han convertido en meros consumidores o clientes (Rodríguez Freire 110-111). Han dejado de ser sujetos políticos; un fenómeno que es extensible al resto de la sociedad. En *Letramuerto* esta situación se refleja en una comunidad rota, cuyos fragmentos parecen transmutarse y gravitar por la ciudad en forma de indigentes, edificaciones en ruinas y drogadictos que sirven para testimoniar el “mundo enfermo”⁷ tras el fracaso de las utopías de la nación. Las letras que vomita esta urbe herida resultan las frases inconexas que una *junkie* escribe en su cuadernito.

Sin embargo, al igual que la mítica librería, la ciudad no llega a su fin. La narración nos informa que La Tertulia va a ser reabierta en un local más grande, como si esta mudanza confirmara la existencia de esa realidad en continuo proceso que proponía Bloch, o bien, como si confirmara el dinamismo de la imagen de la nave oscilante. ¿A qué alude el desplazamiento de la librería hacia un lugar mayor? Si, como hemos propuesto, la revisión del pasado insinúa una necesidad de aprendizaje, la mudanza puede funcionar como metáfora de un movimiento abarcador que revitalice aquello que se ha convertido en “letramuerto”.

No resulta fortuito que sin teléfono para llamar y sin nada con qué escribir, Seín solo alcanzara a denunciar a su homicida invirtiendo un par de libros de la única estantería ocupada. Los volúmenes corresponden a Rómulo Gallegos y a Jorge Luis Borges, nombres que intercalados cifran el seudónimo del asesino y *chota*: Rómulo Borges. Pareciera que lo que resta de la gran catedral de la literatura latinoamericana son también fragmentos dislocados. Fragmentos de un canon que sólo mudándose, reagrupándose en otros términos servirían para descifrar un crimen cuyos hilos se remontan al pasado. La letra aparece asociada entonces a un peso muerto: carpetas,

⁵ En la narración se nos indica que el local estaba resultando estrecho, sin embargo, creo que es posible hacer una lectura sobre el cierre de la librería en paralelo con el estado actual de la zona en la que se encuentra.

⁶ Raúl Rodríguez Freire habla de la “precarización radical” de la Universidad Moderna sobre la que se intenta levantar la “Universidad de la Excelencia”, es decir una universidad cuya única referencia sea la del mercado (154).

⁷ La frase alude a una parte del título con el que Manuel Zeno Gandía agrupó su tetralogía de novelas. Mattos Cintrón decide retomarlo e intitula “Nuevas Crónicas de un mundo enfermo” a las obras en las que aparece el personaje de Isabelo Andújar.

archivos y periódicos que desembocaron en formas de control social. Finalmente, también el asesino, Lucio, resultó ser un hombre de letras: un abogado, excompañero de militancia e informante de la policía.⁸

En su libro *Puerta sin casa* (1984), Mattos Cintrón expuso la desintegración del Partido Socialista Puertorriqueño basándose en su propia experiencia dentro de él. Allí denunció las tendencias stalinizantes de una agrupación que se había vuelto cada vez más burocratizada y autoritaria. El movimiento quedó tan vacío como la librería en la que aparece el cadáver de la novela. La imagen de un puerta sin casa, le sirvió a Mattos Cintrón para hablar de una izquierda que “sólo tiene puertas y que aún no construye la casa que aloje a las masas de trabajadores de cuyos intereses históricos dice ser portavoces” (1). Es posible concebir esta puerta sin casa, la librería vacía, las ruinas del partido y de la universidad moderna como equivalentes. Los fracasos de los proyectos utópicos que todos ellos cobijaron aluden al aislamiento, a la endogamia inmovilizadora de una ciudad letrada que se concibió a sí misma como la constructora de la nación. Mudar la librería a un espacio más amplio, abrir los archivos policiales y construir otros alternativos como hace Valdo, funcionarían como formas de sostener el deseo utópico contra la inercia thanática. De este modo, la novela se perfila como la oportunidad de redefinir la bitácora del deseo independentista en términos más democráticos y movilizados. Bajo la concepción dinámica de Bloch de un mundo en continuo proceso, no extraña que *Letramuerto* continúe la propuesta de la novela *Los derrotados*. En esta última, el protagonista descubría que la lucha independentista no podía hacerse de manera aislada sino de la mano con el pueblo puertorriqueño. La novela culminaba con esta suerte de anagnórisis en la que se sugería que el protagonista estaba abierto a replantearse las estrategias de su militancia política. En sintonía con Andreu Iglesias, Mattos Cintrón nos muestra que, frente al primer impulso aniquilador de la derrota, se sobrepone una apertura hacia nuevas maneras de plantearse el activismo político de cara a un futuro utópico que sigue cifrándose en el ámbito de lo posible.

OBRAS CITADAS

- Amar Sánchez, Ana María. “El crimen a veces paga. Policial latinoamericano en el fin de siglo.” *Juegos de seducción y traición*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2000: 45-84. Impreso.
- Andreu Iglesias, César. *Los derrotados*. México DF: Los Presentes, 1956. Impreso.
- Ayala, César. “Political Persecution in Puerto Rico: Uncovering Secret Files.” *Solidarity*. Web.

⁸ En la novela detectivesca de Arturo Echavarría, *Aire de abril* (1994) ya se planteaba el asunto de la imposibilidad de abrir o de ventilar una oscura historia relacionada al mundo intelectual. Un profesor de literatura era secuestrado y asesinado para evitar que se divulgara su manuscrito sobre la ejecución de un prisionero a manos puertorriqueñas durante la guerra de Corea.

- Bloch, Ernst. *The Principle of Hope*. 3 vols. Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 1986. Impreso.
- Díaz Valcárcel, Emilio. "El sapo en el espejo." *Cuentos completos*. Guaynabo: Alfaguara/Editorial Santillana, 2002: 81-87. Impreso.
- González Echevarría, Roberto. *Mito y archivo: una teoría de la narrativa latinoamericana*. México DF: Fondo de Cultura Económica, 2000. Impreso.
- Levitas, Ruth. *The Concept of Utopia*. London: Philip Alan. 1990. Impreso.
- Mattos Cintrón, Wilfredo. *Letramuerto: Asesinato en La Tertulia*. San Juan: Ediciones La Sierra, 2010. Impreso.
- . *Puerta sin casa: crisis del PSP y encrucijada de la izquierda I*. San Juan: Ediciones La Sierra, 1984. Impreso.
- Peña Jordán, Teresa. "La universidad o el incómodo espacio de las ruinas." *Pensar en ruinas. Jornadas Interdisciplinarias-UPR-Río Piedras*. Web.
- Rodríguez, Juan Carlos. "‘Del trauma de la literatura’ al ‘relato del trauma’: (Con)figuraciones de la vergüenza en los relatos sobre presencia militar norteamericana en Puerto Rico." *Revista Iberoamericana* 229 (Oct.-Dic. 2009): 1139-1174. Impreso.
- Rodríguez Freire, Raúl. "Notas sobre la inteligencia precaria." *Descampado. Ensayos sobre las contiendas universitarias*. Santiago de Chile: Sangría Editora, 2012: 101-155. Impreso.
- Rodríguez Juliá, Edgardo. "Introducción. Nuestros detectives. La novela policial iberoamericana." *La Torre* 55-56 (enero-jun.2010): ix-xiv. Impreso.
- Torres-Caballero, Benjamín. "Mattos Cintrón and Rodríguez Juliá: puertorriqueñidad and the P.I." *La Torre* 55-56 (enero-junio 2010): 215-230. Impreso.
- Vezzetti, Hugo. *Sobre la violencia revolucionaria*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2009. Impreso.